

Audiencia Pontificia

Saludo de Mons. Álvaro del Portillo

Gran Canciller del Ateneo Romano de la Santa Cruz

Beatísimo Padre, hace un año y medio la Prelatura del Opus Dei y, con ella, una multitud innumerable de fieles de todo el mundo, tuvo la inmensa alegría de escuchar, proclamada por Su Santidad, la solemne fórmula de beatificación de su Fundador, el beato Josemaría Escrivá.

En el marco de las celebraciones conmemorativas de semejante evento eclesial, el Ateneo Romano de la Santa Cruz, que debe su existencia a la oración y al celo del beato Josemaría, ha querido convocar una iniciativa que responde a la propia vocación académica: un Simposio teológico de estudio en torno a sus enseñanzas.

A lo largo de los trabajos, tras el mensaje cordial de inauguración del Eminentísimo Cardenal Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, numerosos especialistas de distintos países han profundizado en el mensaje del beato Josemaría, siguiendo tres de los principales ejes alrededor de los cuales ese mensaje se desarrolla: la llamada a la santidad y al apostolado en las situaciones de la existencia cotidiana; la vida espiritual en cuanto relación de intimidad con Dios, basada en el sentido de la filiación divina; la animación cristiana del mundo.

Las ponencias, y los debates que las han seguido, han puesto de manifiesto la riqueza del mensaje espiritual del fundador del Opus Dei, que proyecta resplandores de deslumbrante intensidad sobre la comprensión teológica de la vocación cristiana; sobre la llamada que todo cristiano recibe a santificar la propia existencia,

siendo consciente del don de la filiación divina y con espíritu de generosa dedicación a todos los hombres, en particular a los más necesitados material o espiritualmente. Mediante la difusión de este generoso ejercicio de la solidaridad cristiana, el mensaje y el ejemplo del beato Josemaría se extiende de manera cada vez más amplia y beneficiosa, mientras los que sufren, como en los inicios del Opus Dei, continúan siendo la columna en la que se apoya el trabajo apostólico de la Prelatura.

Las contribuciones derivadas de los trabajos de este Simposio han confirmado nuestra persuasión sobre la relevancia histórica de la figura del fundador del Opus Dei, y han conferido un nuevo impulso a nuestro deseo de proseguir difundiendo en la Iglesia los frutos de un carisma fundacional cuya fecundidad se muestra ya tangible en tantas partes del mundo y en todos los sectores de la sociedad.

Los miembros de la Prelatura del Opus Dei, sacerdotes y laicos, han aprendido del beato Josemaría a amar y servir a la Iglesia con todo el corazón, con la vida entera, siempre en estrecha unión con el Romano Pontífice y con los Obispos. Fiel a su ejemplo, deseo dejar constancia a Su Santidad de nuestra más filial y plena adhesión, que hoy queremos expresar acompañándola de nuestro agradecimiento por su reciente Encíclica *Veritatis splendor*. Además, queremos manifestar nuestra alegría más sincera por la feliz coincidencia de la celebración de este encuentro y la inminencia del decimoquinto aniversario de la elección de Su Santidad a la sede de Pedro. Me llena de gozo el poder confiar al Papa, así, tan de cerca, que nuestra oración por Su persona y Sus intenciones, siempre asidua y activa, será ese día —si es que resulta posible— todavía más ferviente y alegre. Felicidades, Santo Padre: *ad multos annos, semper feliciores*. Permítame, por fin, Beatísimo Padre, pedir para mí y para todos los participantes en el Simposio la tan deseada bendición apostólica.

Acto de apertura

Saludo de Mons. Álvaro del Portillo
Gran Canciller del Ateneo Romano de la Santa Cruz

Eminencias y Excelencias Reverendísimas, ilustres profesores, gentiles señoras y señores.

El objetivo de la presente intervención es doble: dar inicio al Simposio teológico de estudio en torno a las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá, e inaugurar el curso académico del Ateneo Romano de la Santa Cruz.

Con este motivo, me resulta grato recordar unas palabras de Su Santidad Juan Pablo II, pronunciadas durante la homilía de la solemne Misa de beatificación del fundador del Opus Dei: «Con una intuición sobrenatural, el beato Josemaría predicó sin cansarse la llamada universal a la santidad y al apostolado. [...] En una sociedad en la que las ansias desenfrenadas de poseer cosas materiales las transforma en ídolos y en motivos de alejamiento de Dios, el nuevo beato nos recuerda que esas mismas realidades, criaturas de Dios y del ingenio humano, si se usan rectamente para la gloria del Creador y para el servicio a los demás, pueden ser camino para el encuentro de los hombres con Cristo».

Con estas expresiones, el Santo Padre ha querido indicar el núcleo del mensaje espiritual del fundador del Opus Dei, y resaltar su importancia pastoral y teológica. En los meses transcurridos desde el 17 de mayo de 1992, como es habitual en el año que sucede a una beatificación, se han celebrado numerosas ceremonias litúrgicas de agradecimiento y petición de gracias. La devoción al beato Josemaría Escrivá, difundida ya en todo el mundo

antes de su beatificación, se ha extendido después de ella con un ritmo creciente. En este período, se han desarrollado en muchas naciones encuentros de estudio y conferencias, que una vez más han puesto de relieve la importancia eclesial y social de su figura.

Es éste también el objetivo del Simposio que hoy comienza, y que inaugura asimismo el nuevo curso académico en el Ateneo Romano de la Santa Cruz. Hace ahora nueve años, en octubre de 1984, en la homilía de la Misa que dio inicio a las actividades docentes del entonces Centro Académico, y hoy Ateneo Romano, tuve ocasión de recordar la solicitud con que Mons. Escrivá de Balaguer había preparado durante tantos años el nacimiento de esta institución, por medio de su oración y de su esfuerzo. Podéis imaginar mi complacencia y mi alegría al inaugurar hoy un nuevo curso académico y, a la vez, un Simposio que reúne estudiosos y profesores de distintos países, con el fin de profundizar en algunos aspectos de las ricas enseñanzas del beato Josemaría.

En una de sus *Cartas*, Mons. Escrivá puso por escrito una reflexión sobre la historia de la Iglesia, que también puede aplicarse a la historia del Opus Dei: «Primero viene la vida, el fenómeno pastoral vivido. Después la norma, que por lo común nace de la costumbre. Finalmente, la doctrina teológica, que se desarrolla a la par del fenómeno vivido» (*Carta*, 19-III-1954, n. 9). Esta reflexión pone de manifiesto no sólo su experiencia personal de fundador, sino también su fe profunda y viva. Porque la frase que os acabo de leer da testimonio, antes que nada, del primado de la acción de Dios: la vida de quien habla no es la mera vida humana, ni mucho menos un simple vitalismo, sino la vida que se despliega en la Iglesia como fruto de la gracia obtenida por Cristo en la Cruz y hecha operativa merced a la acción, constante a la par que siempre nueva y sorprendente, del Espíritu Santo. Esta vida, esta vida cristiana, es la realidad básica y fundamental.

Pero la vida cristiana es vida en la Iglesia. El Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, nos hace comprender la verdad que Cristo ha confiado a su Iglesia y nos impulsa a vivir en la unidad de la comunión eclesial. Esta vida suscitada por el Espíritu Santo se despliega en el seno de la comunidad cristiana, en unión con todo el Cuerpo de la Iglesia, y con filial adhesión a quienes en ese Cuerpo ejercen el ministerio de Pastores. De ahí

que el derecho —y, junto con él, la aprobación y el reconocimiento de la autoridad eclesiástica— venga inmediatamente después del fenómeno vivido.

Con todo, el proceso no termina aquí, por cuanto la vida y el derecho remiten a la verdad del Evangelio, en el que se funda cualquier realidad auténticamente cristiana. Es en este momento cuando interviene la teología, como esfuerzo dentro de la fe para comprender más a fondo la vida de la Iglesia y de sus instituciones. Por consiguiente, esta etapa es fruto de la madurez: «finalmente», decía el beato Escrivá en el pasaje que ha dado origen a estas reflexiones; estamos, por tanto, ante una vida plenamente desarrollada, que permite y reclama el esfuerzo sereno de reflexión y de análisis de la teología.

Se han publicado ya, en los últimos decenios, muchos estudios de teólogos y canonistas sobre la espiritualidad del Opus Dei y sobre las enseñanzas de su fundador. No obstante, es lógico que su beatificación, un acontecimiento dotado de tanta repercusión eclesial, haya hecho nacer un interés renovado, cuya expresión es el presente Simposio. Han pasado ya más de sesenta años desde la fundación del Opus Dei, y casi veinte desde el tránsito al Cielo de su fundador. Se trata de espacios de tiempo largos, si se relacionan con la vida del hombre; pero breves, si se los mira con la perspectiva de los acontecimientos históricos o del progresivo esclarecerse de las implicaciones intelectuales y teológicas de un mensaje espiritual. Aun cuando sean ya numerosos los ensayos publicados sobre la figura y la doctrina del beato Josemaría, todavía queda mucho, mucho, por hacer.

Las enseñanzas centrales de Mons. Josemaría Escrivá resultan hoy universalmente conocidas, y algunas han sido recogidas en solemnes declaraciones del Magisterio de la Iglesia. Pero, en su mayor parte, se incluyen en ámbitos que la teología apenas ha comenzado a explorar. El Simposio que se inicia esta mañana pretende contribuir a este objetivo, centrando su atención en torno a tres puntos generales de especial importancia: la vocación a la santidad, la vida espiritual y la santificación del mundo. Una vez concluidas estas tres jornadas de estudio, y respondiendo al deseo del Comité organizador, con mucho gusto elaboraré un amplio comentario para las Actas que más tarde se publicarán,

con el fin de ofrecer también mis reflexiones sobre los temas del Simposio. No obstante, deseo ya ahora comunicaros que cuanto más profundizo en el estudio, y cuanto más medito en la oración las enseñanzas del beato Escrivá, más honda se torna la convicción de que apenas estoy comenzando a sondear en una riqueza inefable, que parece invitar constantemente a realizar descubrimientos fascinantes y siempre nuevos. Y, como cuantos se acercan a su pensamiento, a su vida, cada vez me siento más impulsado a alabar la sobreabundancia de la Bondad divina, que resplandece con luz deslumbrante en esos dones de la Trinidad a la Iglesia y al mundo que constituyen los santos y beatos.

No quiero concluir sin expresar mi agradecimiento al Eminentísimo Cardenal Joseph Ratzinger por su *Mensaje inaugural al Simposio*, y saludar también a todos los relatores y a cuantos intervendrán en las mesas redondas, así como al Comité organizador y a todos los presentes.

Como apuntaba al inicio, en éstos momentos se inaugura también un nuevo curso académico del Ateneo Romano de la Santa Cruz. El trabajo de los profesores y del personal no docente, unidos al interés y al estudio de los alumnos, han hecho posible que una institución universitaria iniciada hace apenas nueve años posea ya una destacada personalidad y notables perspectivas de futuro. En este momento, mi recuerdo conmovido se dirige especialmente a una de las personas que han contribuido de la manera más decisiva a la consolidación del Ateneo: me refiero, como habrán comprendido, a su Secretario General, el reverendísimo monseñor Giuseppe Molteni, que Dios ha llamado a su presencia el pasado mes de agosto, de manera imprevista para nosotros, pero prevista por su infinita y paterna Misericordia. Para mí, y para todo el Cuerpo académico, constituye un consuelo pensar que desde el Cielo, junto al beato Josemaría, continuará ocupándose del Ateneo, e impulsando sus actividades académicas, y ayudará de manera particular en su trabajo al nuevo Secretario General.

Al concluir mi saludo a todos los participantes en este Simposio de estudio, declaro también inaugurado el curso académico 1993-1994 del Ateneo Romano de la Santa Cruz.